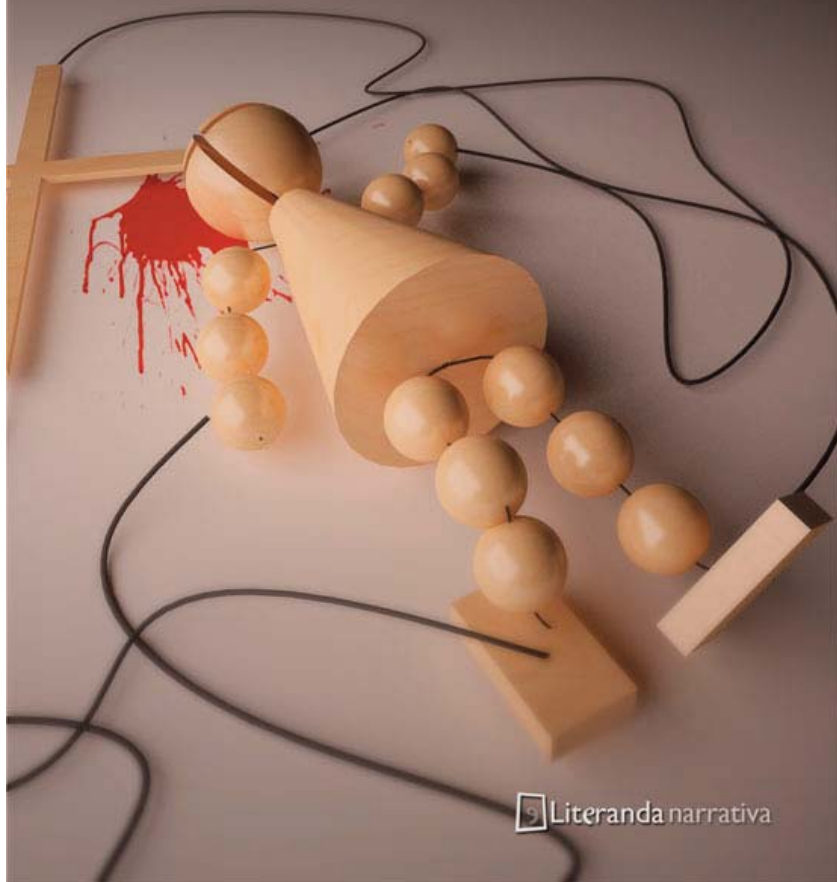


50 días de mayo

Juan Cerezuela



50 días de mayo

Juan Antonio Cerezuela

50 días de mayo

Juan Antonio Cerezuela Mirón

Editorial Literanda, 2012

Colección Literanda Narrativa

Diseño de cubierta: Literanda.

© Juan Antonio Cerezuela Mirón, 2012

© de la presente edición: Literanda, 2012

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Apenas duró mil vidas. Fue como pasar del silencio absoluto al más absoluto ruido, de la nada al todo. Despertar fue el dolor pasando por encima de cualquier atisbo de racionalidad, pues la razón no cabía en un cuerpo que gritaba desde cada uno de sus nervios. En su estado no había hombre ni preguntas, ni súplicas o palabras, ni recuerdos o esperanza; de su boca solo salía el más profundo y ronco espasmo del animal ante el sufrimiento. Sintió todo su cuerpo tensándose hasta ser piedra, las manos crispadas con tanta fuerza que los huesos crujían, el cuello tenso y arqueado en un ángulo imposible, los músculos de sus brazos, piernas y torso rasgándose como si fuesen de papel y su corazón latiendo con más fuerza de la que era capaz de latir; y en un momento, apenas en lo que se tarda en suspirar, todo terminó como había comenzado. Silencio, solo silencio, bendito silencio de su cuerpo que por fin callaba. Lo último que el Obispo Jesús García vio fue la cara de alguien sorprendido, lo último que pensó fue un simple “ya”, lo último que sintió fue su propia muerte, que lo abrazaba protectora y cálida.

* * *

Inesperado y sorprendente. El golpe en la cabeza debería haberlo matado directamente, o cuanto menos dejarlo fuera de juego el tiempo suficiente para hacer el trabajo. No me gusta cometer errores de este tipo. Los errores, cuando vives o cuando matas, revolotean al lado de uno, ansiosos porque les hagas caso; pero si no es así, si no les prestas la suficiente atención, corren para que los vea quien sepa mirar, y eso en este negocio no augura nada bueno.

Bien, el cura ya está muerto de todos modos. Parar y pensar. Revisar que todo esté seguro, ¿alguien lo puede haber oído? No, aquí podrían sonar cañonazos y nadie se sorprendería. ¿Está todo recogido, no dejo nada más que lo que he de dejar? Vale. Cuatro pasos atrás, compro-

bar... y listo. Cinco fotografías cuidando ángulos. ¿Alguien fuera? No. Se acabó, primer paso hecho, ya no hay vuelta atrás.

Salgo como entré, con la gorra y las gafas puestas. La pequeña moto está en su aparcamiento, tan asiática, anodina y poco original como las miles de la ciudad. Me coloco el pequeño casco y arranco. Esquivo cámaras de vigilancia pública y privada. Aparco doscientos metros más allá de donde la robé; con un poco de suerte su dueño tomará el robo por despiste sobre donde la aparcó esta mañana, y aunque se dé cuenta y denuncie el robo, la policía lo mandará a hacer puñetas cuando la encuentre tan cerca de donde la dejó. Entro en el bar saludando al camarero y pido lo de siempre, un bocadillo de tortilla de jamón y una caña, y como siempre durante las dos últimas semanas voy al baño, donde guardo el buzo y el casco en la mochila. Salgo, dos formalidades con el de la barra, me siento, mastico y repaso. Lo reconozco, estaba nervioso y no es bueno; el acto de matar me produce cierta grima, no sé, cierto reparo. Debe de ser como los actores viejos que siguen poniéndose nerviosos antes de la actuación. En fin, que he dado el primer paso y esto va a desencadenar una ola de consecuencias, así que ahora lo que toca es ser crítico y objetivo. Entrar ha sido fácil, rápido y limpio. Todo estaba en el lugar en el que debía estar, todo era como debía ser; la escasa seguridad engañaba sobre su cometido, centrándose en cuadros de escaso valor, joyas ajadas y tallas carcomidas del palacio episcopal, no sobre quien nunca pensó ser víctima, al menos no en este país ni ahora, y entre las obras de reacondicionamiento de la zona privada del viejo edificio un obrero más solo era eso, uno más, gota en vaso de agua, axioma del asesino anónimo.

Comprobé el pasillo. No sé por qué la palabra que se me ocurrió fue “lóbrego”, era uno de esos pasillos amarillentos y rancios de seminario antiguo, puertas marrones con cristalera opaca en la parte superior a un lado y ventanales que daban a un patio marchito al otro, parece el chiste de un viejo recuerdo. Abrí la puerta del despacho y me colé dentro, cara de bobo,

—Perdone Padre, hola; disculpe que lo moleste, pero me estoy vol-

viendo loco buscando los baños de esta planta...

Sencillez. Las excusas sencillas no levantan suspicacias, me miró apenas un segundo, entre molesto y condescendiente.

—No se preocupe, tercera puerta a la izquierda.

—¿Oiga, no es usted el obispo?

...Y acción.

Sonrío de oreja a oreja y me acerco alargando mi mano izquierda, en un acto reflejo el extiende la suya y la atrapo con fuerza. Noto su sobresalto. La barra maciza de acero resbala por la manga de mi buzo de trabajo hasta la mano derecha. Fijo la vista en el objetivo, no sé si él me mira, no importa. Describo un arco desde mi cintura hasta la punta de la barra y golpeo en ángulo encima de su oreja izquierda; se derrumba sobre el escritorio, el cuerpo empuja lacio las ruedas de la silla de oficina hacia atrás y cae al suelo todavía cogido a mi mano; dos minutos para hacer el trabajo. Ése ha sido el error —reflexiono con una mueca de disgusto mientras mastico—, el primer golpe lo aturdió y el dolor de lo que vino después lo despertó. No sé si esto es factible, tengo que estudiarlo, trabajar con un arma nueva es como el método científico, ensayo y error hasta llegar al éxito. En todo caso para eso están los errores, para aprender de ellos, así que a partir de ahora primero asegurarse de matar, luego el resto.

El resto. Miro y calculo según el plan, ni más ni menos. Suspiro, tenso mi musculatura y golpeo. La barra redonda de 25 por 350 milímetros cumple, yo también, las fotografías destilarán lo que deben, el horror.

Enciendo un cigarrillo y vuelvo al ahora. El bar bulle de gente a lo suyo, con sus conversaciones o pensamientos, sonrío a los míos. No volveré nunca a este bar y es una pena, hacen una buena tortilla.

La mañana había empezado para Marta con el ritual de quitarse el gato de encima. El bicho estaba acostumbrado a dormir sobre sus pies o sobre lo que fuese con tal de estar encima de la joven, lo cual era agradable por el calorcillo que le proporcionaba durante la noche, pero decepcionante cuando sonaba el despertador. Las respuestas del animal cuando Marta intentaba levantarse iban desde el cabreo exagerado a la absoluta inmovilidad, aunque por lo visto ese día tocaba desprecio. El gato la miró como se mira a la nada, se estiró, y cuando ella salió de la cama ocupó su lugar con toda la indolencia que un felino es capaz de demostrar. Marta sabía por experiencia que si intentaba moverlo de las sábanas la respuesta sería un bufido, y como no le gustaba discutir recién levantada, lo dejó estar. Se dio una ducha y se vistió; luego desayunó, como cada mañana, viendo las noticias de la tele. Crisis, paro, política barriobajera y fútbol con café con leche y tostadas. Volvió al cuarto, se vistió y echó al gato de la cama amenazándolo con una zapatilla, estiró las sabanas y se fue. El coche arrancó a la quinta soltando la humareda de rigor, era un auténtico trasto abollado que solo se lavaba en función de cuanto lloviese, pero que inexplicablemente sobrevivía a sus muchos años y a la total falta de cuidados y revisiones con enorme tozudez.

Entró en la comisaría a las ocho y media, sonrió a todo el mundo y se fue derecha a la máquina de café. Su jefe, el inspector jefe Navarro, le soltó algún impropio de los de su repertorio, ella le contestó con algún chascarrillo sobre su físico de mastodonte, cogió su café y se sentó en su mesa. Empezaba lo que parecía un día normal de trabajo para la inspectora de policía Marta Iglesias. A las once de la mañana de aquel veintisiete de abril su vida empezó a cambiar; una llamada desde la sede del Obispado les hizo salir corriendo.

* * *

La mejor definición del cuerpo que se lo ocurría a Navarro era la de una marioneta arrojada al suelo, absolutamente antinatural. Cabeza, brazos y piernas en ángulos incompatibles con un ser vivo. Golpes por todo el cuerpo, excepto en los muslos y músculos de los brazos, repartidos de forma uniforme, y ni una sola gota de sangre. A la espera de lo que dijera el informe forense, la causa de la muerte era evidente; lo habían matado a golpes con algo romo y contundente.

El secretario del Obispo era una autentica masa de gelatina llorosa a quien tuvo que tranquilizar zarandeándolo. El hombre descubrió el cadáver tras regresar del café y el dulce de las diez, y, aparte de casi morir del susto, logró dar la voz de alarma. Poco más se le podía sacar de momento, pero el inspector lo descartó como sospechoso de inmediato, solo era un viejo gordo incapaz de atarse los zapatos sin sufrir una crisis cardiaca, así que se lo pasó a uno de sus lacayos y llamó a su segundo.

—Bien Jiménez, atento. Esto no es la típica cagada del imbécil que se carga a la contraria y lo encontramos en el bar de la esquina llorando con el cuchillo en la mano, así que hazme las cosas bien. Quiero saber quién ha entrado y quién ha salido del puto edificio, cámaras de seguridad en un radio de quinientos metros y toda la parafernalia habitual. Cuando se tranquilice la ameba de secretario me lo exprimes a ver que le sacas, amigos, enemigos y hasta la ropa interior que usaba el Obispo. Muy atentos a vicios, beneficios y demás. Me hacéis un resumen bonito de toda la vida del difunto, desde que lo engendraron hasta que la palmó. Cuando acaben los listos de la científica lo registráis todo de cabo a rabo, y lo quiero para ayer. Esto es gordo, Jiménez, no se cargan a un Obispo todos los días, así que no me jodas. Una cosa más, vuestra vida privada dejó de existir desde que nos colgaron a este muerto, díselo a los demás y que se vayan haciendo a la idea.

Lo cierto es que al inspector le encantaba usar ese tipo de lenguaje bronco, sucio. Sabía que no era muy original, era claramente una copia de las películas americanas, donde el jefe de la investigación tenía la

obligación casi sagrada de parecer un auténtico hijo de puta. Pero según su creencia, hablar así le confería personalidad.

De camino a la comisaría los engranajes del cerebro del inspector rechinaban. Si jugaba bien sus cartas podía cubrirse de gloria, si lo hacía mal acabaría en el culo del mundo. Tentación de protagonismo y éxito frente a la presión de la que sabía iba a ser objeto y que podía hacerlo fracasar; eso sin contar con las ambiciones de sus superiores, exigiendo unos resultados rápidos para poder salir en la foto con cara de satisfacción por el deber cumplido. Bien, de momento iría por partes. Primero informar escueta y objetivamente de los hechos, ni una conjetura, ni media. Segundo, apretar a su gente; y tercero, esperar una oportunidad para llevarse —si las cosas salían correctamente— el mérito. No hacer nada que te dañe, hacer solo lo que te beneficie; buen eslogan.

* * *

Me gusta tanto abril como odio mayo. Abril es a la esperanza como mayo a la impotencia, fin del mal tiempo y principio del bueno, frente a quiero ser verano y no puedo. Camino por la ciudad hacia la terraza recién nacida, apenas tiene unos días, el tiempo justo en que la lluvia ha dado paso a la luz de primavera y Paco, el dueño del bar, la ha plantado sobre los adoquines. Llevo la prensa de la tarde bajo el brazo, mitad ansioso y mitad tranquilo. Pospongo el momento de ojear las páginas, no sé bien por qué aunque lo intuyo, y sinceramente no es un sentimiento que me agrade demasiado, pues tiene cierto regusto a psicopatía. Tal vez la noticia haya saltado ya a los periódicos, tal vez sea demasiado pronto, tal vez se omita para facilitar la investigación y tenga que hacer valer las fotografías que saqué demasiado pronto para mis planes.

Me descubro entre sentimientos contrarios, la tarde es preciosa y me invita a la melancolía por la vida segada, pues siempre es absurdo y vacuo matar a la persona, y seguro y fuerte por la muerte del personaje, clave y necesidad de lo que persigo. Hago valer la autodisciplina para no ojear las páginas hasta que no termino mi café. Ahora sí.

—Últimas noticias. Hallado muerto el Obispo auxiliar de la Diócesis Don Jesús García Lara. Aunque no ha trascendido nada de la investigación policial, fuentes consultadas no descartan la hipótesis de asesinato.

No leo más, es demasiado pronto y ya sé lo que quiero saber de momento. Bendito país, donde un secreto vive el tiempo justo en el que una boca encuentra una oreja.

* * *

Sentados alrededor de la mesa de reuniones, el equipo de Navarro lo miraba fijamente, cada uno pensando en la parte del informe que le correspondía. Todos y cada uno de los cuatro inspectores habían hecho lo posible y lo imposible en tan poco espacio de tiempo, y todos y cada uno sabían de antemano que no iba a ser suficiente para su jefe.

—¿Y bien? —preguntó el inspector a Jiménez.

—Los primeros datos del equipo forense, a falta de los resultados finales de la autopsia, apuntan a que el Obispo falleció como consecuencia de las contusiones, fracturas, hemorragias y colapsos en diferentes órganos, producidos previsiblemente por un objeto romo, probablemente una barra redonda, de 25 milímetros de diámetro (han medido el radio impreso en los golpes), y de longitud desconocida, pero que posiblemente estará entre los 35 y 45 centímetros si se corresponde con la media. El cadáver presentaba un total de nueve golpes contundentes a media altura en tibias y peronés de ambas piernas, radios y cúbitos de los brazos, costillas de lados izquierdo y derecho y tres golpes más en la cabeza, uno en el temporal izquierdo justo sobre la oreja, otro en la base del occipital a la altura de la nuca y el último en la sien izquierda entre el esfenoides y el frontal. Asimismo presentaba hemorragias internas producidas por los golpes, de lo que en primera instancia se deduce que la víctima aún vivía mientras era golpeado..., pero no presentaba signos visibles de autodefensa.

—¿Quieres decir que lo molieron a golpes y no se defendió? —preguntó la inspectora Sánchez.

—Eso parece, según el forense puede ser que hubiera perdido el conocimiento con el primer golpe.

El inspector Navarro carraspeó,

—Hum, ¿visteis su cara?, ese hombre sintió mucho dolor, por lo tanto en algún momento estuvo despierto. Aquí hay algo que no cuadra, y ni un santo aguantaría un suplicio así sin presentar batalla. Bien, sígamos.

Goikoetxea, último en ingresar en el equipo de Navarro, tomó la palabra,

—En el lugar del crimen se han encontrado huellas en un número considerable, básicamente porque era lugar de despacho de los asuntos del Obispo. Esto, que en principio nos favorece, es un arma de doble filo, demasiada gente entrando y saliendo de la escena del crimen significa que nos será más difícil discernir lo interesante de lo que no lo es. Estamos analizando tanto la ropa de la víctima como la escena, en busca de restos biológicos. Tendremos los resultados en un plazo de cuarenta y ocho horas.

—Bien, ¿Qué más? —preguntó Navarro,

Marta Iglesias tomó la palabra,

—No se conocían enemigos declarados ni vicios, al parecer la vida del Obispo transcurría básicamente desde sus habitaciones a su despacho, alguna reunión a la que solía ir acompañado y poco más. Según parece lo más interesante de su vida es su pasado, estuvo destinado durante diez años como Obispo de la diócesis en Ciudad de Guatemala, y al parecer tuvo un papel relevante en los años 90, en las conversaciones de paz entre guerrillas y Gobiernos de diversos países centroamericanos. Se dice que tomó partido (al parecer patinaba un tanto a la izquierda), y esto acabó por no hacer gracia a la jerarquía eclesiástica, que lo repatrió como obispo auxiliar de la diócesis, donde lo dejaron apolillándose hasta ayer. Pero nuestro Obispo no se dio del todo por vencido, y durante los últimos diez años ha creado cierta polémica y malestar por sus declaraciones progresistas en los medios de comunicación; lo cierto es que en el ámbito religioso era tan admirado por el ala más moderada y ciertas bases de la Iglesia, como denostado por los conservadores y la curia romana. Las reuniones de las que hablaba antes básicamente eran con colectivos de Iglesia de base, inmigrantes, pobres, etcétera. Así que os podéis imaginar por donde iban los tiros. Os he dejado un dossier completo a cada uno.

—Ajá, ¿y a donde nos lleva todo esto? —preguntó el inspector sin dirigirse a nadie en especial.

—Bien —habló Jiménez— tenemos una víctima con posibles enemigos ocultos, tanto por sus opiniones presentes como por su actividad en el pasado, y un o unos asesinos que entran sin que nadie los perciba, matan de forma silenciosa, rápida y limpia y desaparecen sin llamar la atención. En principio cabe suponer o que el asesinato lo ha cometido un sicario contratado por alguien que quería ver muerto al Obispo, o que se trata de un pirado con ganas de gloria y muy listo. Si es lo primero lo tenemos difícil, porque lo más probable es que el sicario ya ni siquiera esté en el país; y si es lo segundo, que Dios nos coja confesados, porque como le guste lo que ha hecho, puede que esto solo sea el principio, y no perdamos de vista el detalle de que la víctima era un personaje más o menos público. La prensa se nos va a echar encima si no damos respuestas rápidas.

Navarro permanecía en silencio, barajando la obviedad que había expresado Jiménez y a la que el grupo, en función de sus caras, parecía dar como buena. La excepción era —una vez más— la inspectora Iglesias, que permanecía abstraída.

—Aún tenemos demasiado poco, pero vamos a empezar a trabajar sobre ambas hipótesis, la del sicario y la del psicópata. Encargaos de mover al personal, y que un grupo establezca contacto con gente cercana al Obispo cuando ejercía en Centroamérica, hay que averiguar si recibió amenazas y por parte de quien, tirad de ese hilo. Por otro lado lanzad la idea del pirado a los loqueros y a ver qué se les ocurre, pero me los controláis, que ya sabéis que suelen ser como un dolor de huevos, que se ciñan solo a los hechos que tenemos encima de la mesa. Venga, a la faena, y a falta de informes forenses de más peso no quiero ni una palabra a los medios. Marta, tu quédate.

Cuando el resto del equipo abandonó la sala, Navarro se quedó mirando en silencio a la inspectora; la imagen de ambos de pie era cuanto menos curiosa, todo lo que el inspector tenía de amenazante, por su estatura, su físico de matón y sus formas, lo tenía Marta de inocente por motivos claramente antagonistas. Su estatura era la mínima exigible para el cuerpo de policía, y aparentaba ser mucho más joven de lo que en realidad era.

Un curioso rasgo personal y profesional que la distinguía de entre el resto de sus compañeros, y que éstos no sabían muy bien como tomar —con los consiguientes cuchicheos de mal gusto— era que Marta no sentía temor ni especial respeto ante la figura de su superior, y que éste la trataba de forma diferente al resto de sus subordinados. Aunque la verdad de aquella extraña relación era que Marta era la debilidad de Navarro; primero porque la joven tenía la capacidad de ver lo que a él se le escapaba, y eso era profesionalmente una gran ventaja; y segundo porque desde la primera vez que la vio despertó en él una filiación casi paternal. Marta era para Navarro algo así como “la niña”, la que nunca iba a tener.

—¿Me lo vas a contar de una puta vez o qué? —preguntó Navarro.

Tras unos segundos de indecisión Marta preguntó,

—¿Qué era el Obispo García?

—¿Que era de qué? Joder Marta, no empieces a marear con tus historias.

Navarro sabía que el impropio no afectaba a la inspectora, el juego no era así. Suspiró, gruñido y carraspeó soltando adjetivos entre dientes.

—Cura, hombre, viejo, contrario a la doctrina de sus jefes, es decir, rebelde; es decir, nada manso...

—No, no es eso, o al menos no solo eso. Hay otros creyentes, curas o

no, tan críticos o más que el Obispo con la política de la Iglesia. Seguro que estoy equivocada y lo que parece obvio y hemos comentado en la reunión es la respuesta a quien puede ser el asesino, pero a veces lo obvio no es lo correcto, ya sabes.

En un puro ejercicio de introspección, la inspectora comenzó a hilar sus pensamientos.

—Lo que mejor definía al Obispo como personaje público era su carácter progresista moderado, piensa que le costó que lo sacaran de las conversaciones de paz, y eso debió de joderle el ego, y mucho, por muy santo que fuera; que claramente no lo era, pues cuando lo castigaron a un sitio anónimo, él, en vez de callar y asentir tal y como manda la santa madre Iglesia, se codeó con marginados y defendió una línea de acción que es de la misma naturaleza de sus tiempos en Centroamérica; así que puede, y solo puede, que por eso lo mataran, por la significación progresista que representaba ante los demás contra la doctrina establecida, por su personaje, porque no se rindió del todo.

—¿Y? —preguntó Navarro.

—¿Todavía no lo ves? ¿Quién mata a un personaje público progresista en un determinado lugar y momento? Evidentemente alguien que no lo es, su contrario —se respondió a sí misma—. Y puesto que ha sido asesinado aquí y ahora, ¿quién es aquí y ahora lo suficientemente conservador como para matar a un cura progre?

—¿La extrema derecha? ¿Me estás diciendo que puede ser un crimen político? —preguntó Navarro escéptico.

—No lo sé, solo estoy expresando en voz alta lo que me viene. Por otro lado cabe la posibilidad contraria. Estuvo en las conversaciones de paz hasta que lo repatriaron, es decir, siguió en las reuniones pese a, o mejor dicho, por sus ideas. Pero cuando lo trajeron aquí no renunció a su posición para ir a las barricadas contra la jerarquía, sino que desde esa posición continuó abogando por lo que consideraba justo. Por lo tanto, puede que alguien lo considerara un traidor, un co-

barde por no sumarse o liderar una postura más belicosa, más extremista...

—A ver si lo pilló, me estás diciendo que si consideramos la opciones que hemos tocado en la reunión, si es un asesinato por encargo debemos buscar entre la extrema derecha del país a alguien lo suficientemente poderoso como para organizar el asesinato, y que el móvil es la venganza, o el odio o el miedo hacia lo que la víctima representaba, sabía o tenía guardado, y suponía una amenaza. Pero si el asesino es un colgado, puede que asesinara al cura porque lo había defraudado.

—Puede ser, jefe. O puede que no, ya te he dicho que solo son ideas.

—De acuerdo. A falta de algo más concreto, quiero que tú te encargues de analizar tus desvaríos. Investiga a ver si encuentras a alguien que lo odiase o temiera hasta ese punto, y por otro lado, si dejó de ser héroe para ser villano para algún imbécil. Infórmame solo y exclusivamente a mí. No quiero levantar más suspicacias que las justas, al menos por ahora.

* * *

Cuando la inspectora Iglesias abandonó el despacho, Navarro pudo por fin suspirar. No sabía cómo debía sentirse, así que estaba contrariado. Contrariado y preocupado; si las cosas discurrían hacia las asépticas conclusiones de la reunión con el resto del equipo, y el asesino era un loco con ansias de gloria o un terrateniente bananero, las cosas podían ir muy bien para él; fácil, puede que rápido y con la suficiente repercusión mediática como para que su nombre sonase a nuevo y flamante comisario. Por el contrario, si Marta tenía razón, eso implicaba a alguien poderoso de aquí y ahora, que posiblemente ya estaría informado de quién y cómo investigaba, y eso era malo, muy malo, pues no iba a facilitar las cosas, más bien podía hundir su carrera si se sentía

amenazado. Por otro lado, si el asesino era un extremista, puede que no actuara solo; Navarro sabía por experiencia que los radicales no nacen por generación espontánea, sino como consecuencia de una ideología que normalmente comparte un grupo, y no tenía claro hacia dónde podía llevar la investigación esa hipótesis.

—Bien, calma —se dijo a sí mismo—. Hoy ha sido un día muy largo, y mañana no tiene pinta de ser mejor.

* * *

La semana siguiente al asesinato del Obispo Jesús García fue frustrante para Navarro. Aquella primera impresión de que el caso podría encumbrarlo se desvanecía a medida que el tiempo avanzaba y la investigación no, eso sin contar con que los acontecimientos lo estaban empezando a superar. El secreto de sumario establecido por el juez había durado lo que un funcionario de escaso sueldo y escrúpulos había tardado en sucumbir al soborno del periodista de turno, y tratándose de un personaje público (al parecer de más relevancia de la que había calculado), los medios estaban como perro tras su presa, y la presa era la investigación. Sus superiores, malditos cabrones, no hacían más que presionarlo y amenazarlo con quitarle el caso y “dárselo a alguien más competente”, lo cual no ayudaba mucho a tranquilizar su ánimo; y la autopsia, como si de una broma se tratara, concluía que el Obispo había muerto como consecuencia de un paro cardíaco, manda huevos. Evidentemente los golpes lo habrían matado de todas formas, pero el muy jodido se murió como consecuencia del shock que lo produjo despertar en medio de la sesión que lo estaba regalando el asesino, o inmediatamente después de que terminara.

En cuanto a las pruebas biológicas, no había nada concluyente. Todo, absolutamente todo, era o normal o circunstancial, había restos biológicos que no se correspondían con las personas más cercanas al

obispo, como pelos, pero con el tránsito de personas en el despacho eso era lo lógico; y por otra parte el asesino se había tomado la molestia de utilizar un arma que no dejaba rastro ni residuos. Así que a Navarro solo le quedaban, de momento, las mismas hipótesis de la primera reunión; eso sí, la del complot para asesinarlo por medio de un sicario orquestado por mandamases centroamericanos se iba desmoronando poco a poco, básicamente porque tal y como le había señalado un subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, al que interrogó por estar presente en aquellas reuniones de años atrás, no tendría ningún sentido. Lo cierto es que casi dos décadas después de las conversaciones, los poderosos de antes eran los mismos que ahora, solo que ya no tenían que preocuparse de molestas guerrillas, y además sus nuevos trajes de dirigentes de Repúblicas Democráticas —en vez de dictaduras de derechas— les venían estupendamente para seguir siendo los amos del chiringuito y continuar haciendo lo mismo, forrarse a cuenta de la pobreza del resto de sus conciudadanos. Así que ¿para qué molestarse en remover la mierda con un asesinato? No es que tuvieran el más mínimo problema en hacerlo si era necesario, pero es que simplemente no lo era para el buen funcionamiento de sus negocios; al contrario, con las conversaciones de paz en los términos en que se firmaron, los vencedores, en términos absolutos, eran ellos; habían utilizado las formas para que los fondos siguieran siendo los mismos. Los pobres a los que el señor Obispo había pretendido defender tomando partido por ellos se habían convertido con el tiempo en más pobres, en directa proporción a como los ricos se habían hecho más ricos. Y esto llevaba al inspector al aquí y al ahora y a empezar a dar más importancia de la que quisiera a las ideas de la inspectora Iglesias.

Le quedaban tres hipótesis: la del psicópata, sobre la cual había decido poner a trabajar al equipo, y las de Marta, que llevaba ella en solitario; y lo cierto era que al menos parte de razón tenía en su línea de razonamiento. Si se sabía leer entre líneas los editoriales de ciertos medios de comunicación —y Marta sabía hacerlo muy bien— tanto los de la derecha más radical como los de izquierda de mismo apellido, tras

condenar como mandan los cánones el asesinato, vertían críticas más o menos veladas hacia la figura del Obispo. No cabía duda que tras esas críticas se escondía el regocijo por la desaparición, “en trágicas circunstancias”, de alguien a quien consideraban claramente un enemigo.

¿Cómo era esa frase que alguien, no recordaba quien, le dijo una vez a cuento de vete a saber qué cosa? “La parálisis del análisis”, o alguna chorrada parecida. Definía perfectamente su ánimo; el inspector Navarro necesitaba una señal, y le importaba un carajo que fuera Dios o el Diablo quien se la mandase.

* * *